

HISTORIADORES POLACOS EN PERSPECTIVA EUROPEA, 1978-1989

MARÍA CRISTINA ÁLVAREZ GONZÁLEZ

(Universidad Complutense de Madrid)

1) Introducción

Me ha interesado plantear en mi investigación doctoral¹ la relación entre disidencia política y escritura histórica, en especial bajo las dictaduras comunistas. Más en concreto, analizar el tratamiento que la historia de Polonia y su especificidad identitaria tienen en la obra de ciertos historiadores e intelectuales polacos vinculados a la oposición política entre 1976 y 1989², a partir de los textos que publicaron de manera extraoficial o clandestina (llamados en polaco *drugi obieg*) pero también en aquellos otros que, previo paso por la censura, pudieron publicarse en Polonia abiertamente.

La simbiosis entre pasado y presente que muestran estos discursos, debido al doble compromiso profesional y socio-político de sus autores, cristaliza en reflexiones generales acerca de la identidad colectiva y nacional polaca (un espejo quebrado por la situación que viven), pero también de la que estiman añeja identidad europea de una Polonia con lugar propio en el continente. En su inmensa mayoría, son reflexiones fuertemente críticas con la versión oficial de la historia divulgada por los gobiernos de la República Popular de Polonia (a partir de ahora PRL)³. Para este *paper* me centro solamente en unos cuantos textos más significativos, presentando la forma en la que estoy tratando su contenido e ideas principales.

2) Bibliografía, cuestiones teórico-metodológicas y fuentes

La contextualización necesaria tiene en cuenta los siguientes aspectos: 1.- En primer lugar, el marco que proporciona la situación política, socio-económica y cultural de la PRL

¹ Programa FPU (2009-2013) del Ministerio de Educación. Dirección: E. Hernández Sandoica y J.M. Faraldo Jarillo (UCM). Una versión más larga y detallada de este ensayo ha sido rechazada por los coordinadores del seminario de Historia Contemporánea de la UCM. La información que proporciono allí está a disposición de los asistentes al seminario del día 24/1/2012, en caso de que aquella sea de su interés.

² En 1976 surgen las primeras organizaciones de oposición (exceptuando algunas católicas, inicialmente toleradas) en el país (KOR, PPN), así como sus primeras iniciativas y publicaciones en el ámbito histórico y humanístico (por ejemplo, Towarzystwo Kursów Naukowych –TKN- comenzó su andadura en 1977). En esta presentación, no obstante, las fuentes más antiguas que analizo fueron publicadas en 1978.

³ Al final del trabajo incluyo un listado de abreviaturas.

durante el periodo de producción de los documentos⁴. 2.- En segundo lugar interesan las características de las agrupaciones y sindicatos de oposición política (fundación, organización, actividades), especialmente en los casos en que participan historiadores: Komitet Samoobrony Społecznej “KOR” (KSS “KOR”), Polskie Porozumienie Niepodległościowe (PPN), Klub Inteligencji Katolickiej (KIK)⁵ y, por supuesto, el posterior movimiento NSZZ Solidarność⁶. 3.- En tercer lugar, y puesto que la mayor parte de las fuentes que empleo aquí fueron publicadas, hay que prestar especial atención tanto al tipo como a la política de publicaciones existentes en Polonia.

Conviene a este respecto, antes de seguir, aclarar que, como es usual en las mecánicas dictatoriales, abundan en el país las obras históricas propiciadas por los estamentos oficiales o impulsadas directamente por ellos, pero en el caso que analizamos hubo también otras que no tenían un carácter propagandístico o legitimador, procuraban conservar su espíritu crítico y hacían gala de la mayor objetividad posible dentro de los límites impuestos por la censura⁷. Además, están los libros y revistas *drugi obieg* (clandestinos o semi-clandestinos), publicados dentro del país. Por último, hemos de tener en cuenta aquellas editoriales localizadas en el extranjero que daban voz a polacos emigrantes y exiliados, además de a intelectuales que, viviendo en Polonia, lograban burlar trabas y controles para publicar más allá de sus fronteras (entre ellas: Aneks, Kultura, etcétera)⁸. Debemos, pues, considerar

⁴ PACZKOWSKI, A.: *Pół wieku dziejów Polski 1939-1989*, Varsovia, PWN, 1998; DAVIES, N.: *God's Playground. A history of Poland, volume II: 1795 to the present*, Oxford, Clarendon Press, 1981; FRISZKE, A.: *Polska Gierka*, Varsovia, Wydawnictwo Szkolne i Pedagogiczne, 1995; MAZUREK, M.: *Spółczesność kolejki. O doświadczeniach niedoboru 1945-1989*, Varsovia, Trio/ Europejskie Centrum Solidarności, 2010.

⁵ Existían agrupaciones católicas críticas con la PRL (pero también afines al gobierno, como “Pax”) al menos desde mediados de los años 50, que incluso tuvieron escaños en el Parlamento: “Znak”, o el posterior Polski Związek Katolicko-Społeczny (PZKS), que contaban con el semanario *Tygodnik Powszechny* y *Więź*, revista mensual católica de contenido socio-cultural, además de la homónima *Znak*, como medios legales de difusión de sus ideas (sometidos a la censura).

⁶ BARLIŃSKA, I.: *La sociedad civil en Polonia y Solidaridad*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas/ Siglo XXI, 2006; BOCHWIC, T.: *Narodziny i działalność Solidarności Oświaty i Wychowania 1980-1989*, Varsovia, Tysol, 2000.

⁷ Para las estrategias de legitimación de la PRL: ZAREMBA, M.: *Komunizm, legitymizacja, nacjonalizm. Nacjonalistyczna legitymizacja władzy komunistycznej w Polsce*, Varsovia, Trio/ ISP PAN, 2001.

⁸ STOBIECKI, R.: *Historiografia PRL. Ani dobra, ani mądra, ani piękna... ale skomplikowana. Studia i szkice*. Varsovia, Trio, 2007; GÓRNY, M.: *Przede wszystkim ma być naród. Marksistowskie historiografie w Europie Środkowo-Wschodniej*, Varsovia, Trio, 2007; FRISZKE, A.; DMITRÓW, E.; DUDEK, A.; MACHCEWICZ, P.; PACZKOWSKI, A. y WIATR, J.: “Polityka wobec historii, historiografia wobec polityki: PRL i III Rzeczpospolita”, *Pamięć i Sprawiedliwość*, 1(1), 2002, pp. 29-53; BŁAŻEJOWSKA, J.: *Papierowa rewolucja. Z dziejów drugiego obiegu wydawniczego w Polsce 1976-1989/1990*, Varsovia, IPN, 2010; ŁABĘDŹ, K.: *Spory wokół zagadnień programowych w publikacjach opozycji politycznej w Polsce w latach 1981-1989*, Cracovia, Księgarnia Akademicka, 1997; MIELCZAREK, A., DOMAŃSKA, A. y otros: *Śpiący rycerze: szeregowi działacze warszawskiego podziemia wydawniczego lat osiemdziesiątych*, Varsovia, Stowarzyszenie Wolnego Słowa, 2006; ALBIERSKA, M.: *Ośrodki emigracji polskiej wobec kryzysów politycznych w kraju (1956-1981)*, Wrocław, Oficyna Wydawnicza Arboretum, 2000; FRISZKE, A.: *Życie polityczne emigracji*, Varsovia, Biblioteka

asimismo tanto las características de estas editoriales polacas (criterios y objetivos, móviles económicos, lectores potenciales, forma de distribución...) como las del aparato censor⁹.

Nos centramos ante todo en la frecuente e intensa relación existente entre los movimientos de oposición y los historiadores (o también intelectuales ligados a las humanidades, aun de distinta forma), involucrados en las mecánicas antidictatoriales¹⁰. Son de importancia fundamental para esta investigación conceptos como “identidad” y “mito”, no sólo concernientes a la propia Polonia, sino también relacionados con las imágenes que los polacos han tenido y tienen del *otro*, refiriéndonos tanto a Europa en general, como a los países que la integran o flanquean, en particular. Esta parte de la tesis, especialmente en su vertiente teórica, la elaboro actualmente, pero puedo citar referentes ya consultados¹¹.

En la fase de la investigación en que me encuentro la historia de Polonia que se escribe desde la oposición ofrece varias perspectivas. Primero, se presenta como una respuesta crítica (no unívoca, sino polifónica) a los discursos históricos oficiales divulgados tanto en los medios de comunicación como en las aulas. Discernir cuándo estas “contra-historias” suponían una resistencia al cambio drástico que había traído consigo la PRL, mediante una recuperación de enfoques históricos anteriores (propios, por ejemplo,

“Więzi”, 1999; STOBIECKI, R.: *Klio na wygnaniu. Z dziejów polskiej historiografii na uchodźstwie w Wielkiej Brytanii po 1945 r.*, Poznań, Wydawnictwo Poznańskie, 2005.

⁹ ROMEK, Z.: *Cenzura a nauka historyczna w Polsce 1944-1970*, Varsovia, Neriton/ Instytut Historii PAN, 2010 y *Cenzura w PRL: relacje historyków*, Varsovia, Neriton/ Instytut Historii PAN, 2000; HASS, L.: *Cenzura i inne mechanizmy sterowania historykami w PRL (osobiste doświadczenia i przemyślenia)*, [Łowicz], [Mazowiecka Wyższa Szkoła Humanistyczno-Pedagogiczna], 1997.

¹⁰ Algunos de ellos incluso llegaron a escribir la historia de los sindicatos y asociaciones de los que formaron parte, originándose así una curiosa fusión entre sus facetas de historiadores, testigos y participantes activos de los procesos que describían y estudiaban en dichas narraciones, fenómeno éste bastante peculiar e interesante que se abordará en profundidad conforme avance mi investigación. Además: MIKOŁAJCZYK, M.: *Jak się pisało o historii... Problemy polityczne powojennej Polski w publikacjach drugiego obiegu lat siedemdziesiątych i osiemdziesiątych*, Cracovia, Księgarnia Akademicka, 1998; MELLER, M.: “Rola myślenia o historii w ruchu «Solidarność» w latach 1980-1981”, en KULA, M. (red.): *Solidarność w ruchu 1980-1981*, Varsovia, Niezależna Oficyna Wydawnicza Nowa, 2000, pp. 219-266, esp. 221, 259 y 263-264 para la riqueza de ideas presente en el marco de una disidencia polaca de por sí muy heterogénea.

¹¹ Por ejemplo los apuntes que hace IFVERSEN, J.: “Myth in the Writing of European History”, en BERGER, S. y LORENZ, C. (eds.): *Nationalizing the Past: Historians as Nation Builders in Modern Europe*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2010, pp. 452-479. Para el caso concreto de Polonia contamos con las siguientes obras: DOMAŃSKA, E.: “(Re)creative Myths and Constructed History: The Case of Poland”, en STRÁTH, B. (ed.): *Myth and Memory in the Construction of Community. Historical Patterns in Europe and Beyond*, Bruselas, P.I.E./ Peter Lang, 2000, pp. 249-262; WIERZBICKI, A.: *Europa w polskiej myśli historycznej i politycznej XIX i XX wieku*, Varsovia, Centrum Europejskie Natolin/ Trio, 2009 y *Spory o polską duszę. Z zagadnień charakterologii narodowej w historiografii polskiej XIX i XX wieku*, Varsovia, Muzeum Historii Polski/ Collegium Civitas/ Trio, 2010; TÖRNQUIST-PLEWA, B.: “The Complex of an Unwanted Child: The Meanings of Europe in Polish Discourse”, en MALMBORG, M. af y STRÁTH, B. (eds.): *The Meaning of Europe. Variety and Contention within and among Nations*, Oxford/ New York, Berg, 2002, pp. 215-241; SZACKA, B.: *Czas przeszły, pamięć, mit*, Varsovia, Wydawnictwo Naukowe Scholar, 2006; JANION, M.: *Niesamowita słowiańszczyzna. Fantazmaty literatury*, Cracovia, Wydawnictwo Literackie, 2007.

del periodo de entreguerras), y cuándo o en qué medida se trataba en cambio de una reelaboración novedosa de la visión del pasado, fruto de la experiencia de 30 años bajo un régimen comunista¹², es una de las cuestiones a las que trato de responder¹³.

Lo cual nos lleva a plantearnos, por otra parte, si con estos discursos se aspiraba *realmente* (o lo que es casi lo mismo en tal contexto, *únicamente*) a dar a conocer la verdad sobre el pasado¹⁴, una verdad que había sido alterada u ocultada desde el poder, o si se estaba contribuyendo más bien (o al menos *además*) a reforzar determinadas ideas preconcebidas, mitos operativos y prejuicios identitarios de la historia de Polonia¹⁵. (Sobre todo desde esas narraciones históricas, discursos del pasado de amplio radio de difusión, que no eran fruto directo de una investigación sólida, basada en fuentes, sobre una cuestión o proceso concretos). Por último, considero también estos discursos como una valoración desde el presente de la historia de Polonia, poniendo de relieve qué aspectos del pasado han pervivido hasta hoy como hegemónicos en la memoria colectiva, o cuáles creen los autores tratados que conviene recobrar, y cuáles —por el contrario— deben modificarse atendiendo al contexto actual y sus requerimientos específicos. La forma de construir el futuro del país, de formular expectativas hacia adelante, dependería así en buena medida de la forma en que la sociedad valorase y “recordara” su pasado.

En cuanto a la estructura de la investigación —concebida como un ejercicio de historia intelectual, análisis historiográfico e, indirecta aunque no menos decisivamente,

¹² Meller, M., en Kula, M. (red.): 253-254.

¹³ Por supuesto, pocos enfoques del pasado pueden recuperarse sin estar de una forma u otra condicionados por el presente, sobre todo en aquellos aspectos que el paso del tiempo ha ido introduciendo o modificando en las mentalidades personales y colectivas, como por ejemplo el concepto actual de “derechos humanos”.

¹⁴ La idea de la búsqueda de la verdad como deber moral desde la oposición polaca me fue sugerida por el Profesor Dariusz Stola, al que desde aquí agradezco su orientación. Vaya también mi agradecimiento para todos cuantos me acogieron en mi estancia en Varsovia entre septiembre y diciembre de 2010, en especial la Profesora Zofia Marzec, que cursó la invitación, además de Tadeusz Miłkowski, Andrzej Paczkowski, Andrzej Friszke, Krzysztof Persak, Paweł Sowiński, Maciej Górny, Natalia Jarska, Rafał Stobiecki, Michał Kopeček, Beata Wojna y Piotr Długolecki.

¹⁵ Tomamos como punto de partida una serie de reflexiones sobre la relación entre historia y mito de algunos investigadores especialistas (sin detenerme aquí, por el momento, en aquellos que desde la historiografía española, por ejemplo —el caso de José Álvarez Junco no puede dejar de citarse— iluminarán asimismo esta reflexión). Baste mencionar por ahora las sigüentes coordenadas: la importancia de la historia para el autoconocimiento de la sociedad; la historia como una forma de recordar el pasado y mantenerlo vivo; la historia desempeñando en las sociedades modernas un papel similar al que tuvo el mito en las primeras sociedades humanas; la confrontación entre discursos históricos de tipo científico y la demanda social de una historia que fundamente una identidad colectiva, a fin de producir “narrativas-guía” (*master narratives*) que sirvan de orientación; la sociedad buscando explicaciones de lo sucedido, una reafirmación de sus convicciones y símbolos unificadores en momentos críticos; la activación del mito para la (re)constitución de una comunidad; las dimensiones morales y afectivas del mito, etcétera. Meller, M., en Kula, M. (red.): 220 y 222; Ifversen, J., en Berger, S. y Lorenz, C. (eds.): 453-456; Domańska, E., en Stråth, B. (ed.): 249-253, y 260 para un resumen de los mitos más representativos de la historia polaca.

seguimiento de una mecánica ideológica antidictatorial—, por el momento da prioridad a los contenidos de los discursos, ordenados según criterios temáticos. Se prestará igualmente atención, si bien apenas la he iniciado aún, a las biografías y trayectorias intelectuales de los protagonistas que estudio. Esa información concierne a las trayectorias profesionales, académicas y personales de los historiadores, a sus contactos, su compromiso socio-político y evolución intelectual, y a la vinculación de todo ello con contextos históricos más amplios (de tipo local, nacional, internacional...), siempre y cuando contribuya a la mejor comprensión o esclarecimiento de aquello que los propios autores plantean en sus reflexiones. ¿Es posible, por otro lado, distinguir cuándo escribe o se manifiesta el “opositor” (preocupado por el presente y con la vista puesta en el futuro) y cuándo lo hace el “historiador” (interesado profesionalmente en el conocimiento del pasado), en cada caso? ¿Pueden desligarse esas dos facetas —plasmadas aquí, qué duda cabe, de una forma purista e ideal—, si confluyen en una misma persona o, como sucede con el Jano mitológico, se trata de dos caras complementarias e inseparables, y la visión del pasado es la charnela que permite el giro entre las dos...?

* * * *

En mi investigación se recurre principalmente a fuentes escritas publicadas (libros, capítulos de libro, artículos de revistas, folletos) que versan sobre historia de Polonia, en especial en la época contemporánea, pero sin descartar alusiones a las edades media o moderna. Por tratarse de autores vinculados a la oposición, predominan los de circulación extraoficial o clandestina frente a los que, sometiéndose a los cánones censores de la PRL, se publicaron abiertamente. La muestra prevista (entre quince y veinte autores) es una selección arquetípica de “intelectuales-opositores”. He manejado hasta aquí textos sobre las obras y trayectorias de Jerzy Holzer (1930-), Tadeusz Łepkowski (1927-1989), Jan Józef Lipski (1926-1991), Andrzej Micewski (1926-2004)¹⁶, Krystyna Kersten (1931-2008), Marcin Król (1944-), Władysław Bartoszewski (1922-), Bohdan Cywiński (1939-) y Wojciech Roszkowski (1947-)¹⁷.

Actualmente estoy explorando otras figuras que me plantean ciertas dudas sobre su adecuación a los límites del estudio, bien por tratarse de intelectuales sin formación

¹⁶ Algunos textos de estos cuatro primeros serán los que se analicen en el presente *paper*.

¹⁷ No incluyo en este recuento a otros muchos que, con toda probabilidad, serán mencionados puntualmente y sus publicaciones se verán incluidas de manera más tangencial en la investigación. En este mismo *paper* se recurre, por ejemplo, a un artículo de Jacek Maziarski, periodista con formación humanística, y a otro de Jerzy Surdykowski, periodista y escritor con formación técnica.

histórica o humanística específica, pero que escribieron textos históricos de interés¹⁸, o bien historiadores de carrera, académicos que en la práctica apenas desarrollaron investigaciones o narraciones ensayísticas sobre la historia de Polonia, dedicándose en su lugar a la actividad y reflexión políticas¹⁹. También se da el caso de la publicación en el país de importantes estudios históricos escritos desde “fuera”, por emigrantes polacos con una trayectoria de oposición distinta a la de los intelectuales que residían en el interior, aunque evidentemente relacionada y tendente a la mutua influencia²⁰.

Las reflexiones sobre el pasado histórico que se analizan en este ensayo son, como ya apuntamos antes, de tipo muy general, y la opinión de sus autores, muy clara y transparente, fluye con libertad. Las he elegido para dar cabida en unas pocas páginas a algunos de los resultados parciales obtenidos. Mayor desafío será, lógicamente, seguir el hilo de esas interpretaciones personales de la historia nacional en textos historiográficos más complejos y de mayor enjundia, donde el rigor científico y el recurso a un aparato crítico pueden restringir o reprimir manifestaciones emocionales e ideológicas que el investigador considere sesgadas o en exceso subjetivas. Ninguna obra se escribe al margen de la percepción y el estilo cognitivo de su autor, y de ellos dependen estructura, hipótesis, planteamientos teóricos, argumentaciones, e incluso selección de fuentes: en última instancia muchos de esos factores dependen del carácter del historiador y de su experiencia vivida, así como de las circunstancias que lo rodean, pero siempre es el contexto el que “marca” y “sitúa”²¹.

3) Análisis de fuentes: primera aproximación

Polonia con Europa, Polonia frente a Europa: Valores, nación e idealismo

¹⁸ Tadeusz Żenczykowski, por ejemplo, formó parte de Armia Krajowa y participó en el Levantamiento de Varsovia (una militancia durante la Segunda Guerra Mundial que también encontramos en las biografías de Bartoszewski y Micewski). Viviendo desde 1945 fuera de Polonia (primero en Londres, después en Múnich), publicó y radiodifundió, igual que Bartoszewski, textos históricos relacionados con esas experiencias: *Dwa komitety 1920, 1944. Polska w planach Lenina i Stalina*, París, Editions Spotkania, 1983; *Od Genewy do Jałty: rozmowy radiowe* (con Edward Raczyński), Varsovia, Pokolenie, 1988.

¹⁹ Tengo en mente sobre todo a Aleksander Hall, miembro del sindicato Ruch Obrony Praw Człowieka i Obywatela (ROPCiO) desde 1977 y luego de Solidarność, además de colaborador en *Tygodnik Powszechny*. Adam Michnik o Jacek Kuroń presentan a primera vista un perfil similar en ese sentido. Mas aún he de ahondar en trayectorias y escritos de los tres para ver en qué medida encajan o no propiamente aquí.

²⁰ Por ejemplo, además del citado Żenczykowski, Jakub Karpiński vivió fuera de Polonia entre 1978 y 1997, y publicó obras relacionadas con la historia de la PRL: *Pochodzenie systemu* (1977), *Krótkie spięcie (Marzec 1968)* (1977), *Porcja wolności (Październik 1956)* (1979), *Ustrój komunistyczny w Polsce* (1985)...

²¹ HERNÁNDEZ SANDOICA, E.: *Los caminos de la Historia. Cuestiones de historiografía y método*, Madrid, Síntesis, 1995.

La cuestión europea vuelve con fuerza renovada, a mediados de la década de 1970, a la conciencia de la *inteligencja* polaca, especialmente entre la oposición que se estaba organizando entonces, mayoritariamente pro-occidentalista. Al tratar la cuestión de la europeidad de Polonia²², en los discursos analizados suele apelarse en primer lugar, y en términos generales, al caudal inmaterial —de valores y principios— que se atribuye a Europa, como entidad indiferenciada y de amplio espectro. Esos valores (occidentales) tendrían su origen en las tradiciones de la Antigüedad clásica y del cristianismo, y se complementarían con las luchas en pro de los derechos humanos que se libran en el continente a lo largo de los dos últimos siglos, siendo las revoluciones liberales su máxima expresión. Este *corpus* de virtudes comprende valores intemporales como verdad, justicia y dignidad humana, aunque el más importante sería la libertad individual, sólo limitada por las normas sociales que velan por el mantenimiento del bien común. De acuerdo con el informe del PPN, el único sistema socio-político en armonía con los valores propios de Europa es la democracia liberal parlamentaria. Dicha “esencia europea” no quedaría confinada a las fronteras continentales, sino que se habría “irradiado” desde Europa a otras partes del mundo vinculadas a ésta, como los Estados Unidos, Canadá o Israel. Europa sería la patria de los derechos humanos, y la *europeidad* “una cuestión de grado”²³.

El cristianismo es, con peso decisivo en los discursos, uno de los rasgos de identidad más destacados y característicos de Polonia, como nación *per se* y en su posición relativa dentro de Europa. Andrzej Micewski, por ejemplo, insiste en 1979 en que la Iglesia católica local ha contribuido a preservar la identidad nacional polaca y su indestructible apego histórico por los valores humanistas (así a fines del siglo XIX en la parte alemana de la Polonia dividida, o durante la Segunda Guerra Mundial)²⁴. Jan Józef Lipski, por su parte, contempla la Edad Media y el Renacimiento como las épocas de mayor unidad espiritual en buena parte de Europa central y occidental. Y cree que, lejos de tratarse de una cuestión del pasado, el

²² LOEW, P. O.: “Marzenie Polski – Europa”, en *Polskie wizje Europy w XIX i XX wieku* (wyb. Peter Oliver Loew), Wrocław, Uniwersytet Wrocławski, 2004, p. 29; Törnquist-Plewa, B., en Malmberg, M. af y Stråth, B. (eds.); Wierzbiński, A. (2009). Para los círculos de emigrantes: Stobiecki, R. (2005).

²³ PPN: “Polska i Europa (materiał Zespołu Problemowego PPN)”, en *Polskie wizje Europy w XIX i XX wieku* (wyb. Peter Oliver Loew), Wrocław, Uniwersytet Wrocławski, 2004 (Noviembre 1979), pp. 194-195 (la traducción es mía, C.A.). También BEYLIN, M., BIELIŃSKI, K. y MICHNIK, A.: “Polska leży w Europie”, *Krytyka. Kwartalnik polityczny*, 5, 1979, p. 1; MICEWSKI, A.: “Tożsamość i różnicowanie kultury”, en MICEWSKI, A.: *Polityka staje się historią*, Varsovia, Czytelnik, 1986 (original en *Tygodnik Powszechny*, 12/3/1978), p. 441; HOLZER, J.: “Europa Środkowa. Przeszłość - Teraźniejszość - Przyszłość”, en HOLZER, J. et al.: *Myśli o naszej Europie*, Varsovia, Profil, 1988, p. 7. Para la universalización de los valores europeos y su vinculación al progreso como forma de definir a Europa: Ifversen, J., en Berger, S. y Lorenz, C. (eds.): 459.

²⁴ MICEWSKI, A.: “Naród i państwo”, en Micewski, A.: 353-354 (original en *Tygodnik Powszechny*, 22/7/1979).

cristianismo podría volver a jugar un papel clave en el presente (años 80) promoviendo la reunificación espiritual europea y, a nivel nacional, sentando las bases de un patriotismo carente de odio y egoísmo, basado en el amor al prójimo y en el gusto por lo propio²⁵.

Los polacos no sólo se habrían empapado de los valores fundamentales propios de la cultura europea en la teoría —no sólo se trató de ideas de unos pocos, las élites cultas—, sino que esos fundamentos espirituales habrían sido llevados a la práctica sistemáticamente a lo largo de la Baja Edad Media y, sobre todo, la Edad Moderna —la “edad dorada” de su nación²⁶—, pues ahí radica el Reino de Polonia (1386-1569), más conocido después de su unión con Lituania como la Mancomunidad o República de las Dos Naciones (1569-1795). Habría sido el periodo más fecundo de su historia, tiempos en los que el Estado polaco estaría a la vanguardia de Europa con una fórmula sociopolítica original y propia, rica en contenidos y proyección. De acuerdo con esta visión, los polacos habrían sido pioneros en la separación de poderes y en el carácter federativo de su unión pacífica con Lituania, además de contar con la primera constitución “de facto” y con un sistema parlamentario bicameral en los siglos XV y XVI muy similar al que tendrían más adelante otros países²⁷. Otros rasgos distintivos de la República de las Dos Naciones serían la tolerancia religiosa, precisamente cuando las guerras de religión proliferaban en otras zonas de Europa, y la naturaleza electiva de su monarquía, su “protodemocracia” de carácter nobiliario²⁸.

Que historiadores y otros intelectuales se detuviesen a reflexionar sobre la República de las Dos Naciones y destacasen (incluso exagerasen) sus virtudes, puede tener su explicación en la campaña de desprestigio que los medios oficiales aplicaron a la historia polaca de esos siglos. Łepkowski, en *Myśli o historii Polski i Polaków* (1983), considera que la propaganda gubernamental se limita a mostrar (y a menudo exagerar) la parte más negativa de la función y comportamiento de la nobleza, en una visión de la realidad simplificada y manipulada políticamente. Según la interpretación oficial —de inspiración marxista y en transparente clave de materialismo histórico—, Polonia no contaría con una antigua tradición democrática, la

²⁵ LIPSKI, J. J.: “Czy Polska leży w Europie?”, en Holzer, J. *et al.*: 27-30 y 32; LIPSKI, J. J.: “Dwie ojczyzny, dwa patriotyzmy. Uwagi o megalomanii narodowej i ksenofobii Polaków”, en LIPSKI, J. J.: *Powiedzieć sobie wszystko... Eseje o sąsiedztwie polsko-niemieckim* (wyb. tekstów i wstęp: Georg Ziegler), Varsovia-Gliwice, “Wokół nas” & Wydawnictwo Polsko-Niemieckie, 1996 (1981), p. 37. Lipski también trata en este último texto otras tradiciones religiosas de Polonia (judía, protestante, evangélica...) y el agnosticismo.

²⁶ Domańska, E., en Stråth, B. (ed.): 253-254 ; Ifversen, J., en Berger, S. y Lorenz, C. (eds.): 457.

²⁷ SURDYKOWSKI, J.: “Duch Rzeczypospolitej”, en Holzer, J. *et al.*: 50-52.

²⁸ Dependiendo del autor consultado, el porcentaje de personas que entonces habrían tenido derecho a voto oscilaría entre un 10 y un 20 % de la población. En cualquier caso, todos consideran que se trata de cifras de participación muy elevadas y atípicas para la Europa moderna. Lipski, J. J., en Holzer, J. *et al.*: 28-29; Surdykowski, J., en Holzer, J. *et al.*: 51-52; Łepkowski, T. (1983): 11.

nobleza había oprimido al campesinado polaco así como a otras naciones, habría especulado con los intereses nacionales, fomentado el auto-gobierno y, posteriormente, dado paso a la anarquía. Łepkowski, sin embargo, en clave historicista y exógena, enfoca la cuestión como un proceso de auge, decadencia y regeneración fallida del Estado polaco. Esta última se habría frustrado a causa de un contexto internacional desfavorable y a la ambición y agresividad de las potencias vecinas (Austria, Prusia y Rusia), que consumaron el tercer y último reparto de Polonia en 1795. Así, mientras en otros países de Europa se desarrollaban las revoluciones científico-técnicas y se construían sociedades de orientación democrática, en Polonia se organizaban insurrecciones independentistas contra los gobiernos extranjeros despóticos²⁹.

Pese a que la “época dorada” parece quedar lejos, habría logrado preservarse hasta el momento aquello que Jerzy Surdykowski define en 1988 como “el espíritu de la República” (“Duch Rzeczypospolitej”): el individualismo nobiliario y su apego por las fórmulas “democráticas” (*sic*), sus ideas acerca de la soberanía del Estado y de los derechos y deberes ciudadanos, que fomentaron en el siglo XIX el rechazo a los gobiernos extranjeros impuestos y mantuvieron viva la aspiración de recuperar la independencia, las mismas que habrían dado forma a la actual cultura nacional polaca³⁰.

Para la mayoría de los autores, la nación es así un componente fundamental en toda la historia de Polonia y su actor principal en los últimos tiempos³¹. En armonía con esta idea *local*, la Europa que se concibe desde las páginas analizadas es una *Europa de las naciones*, entidad supranacional encargada de proteger la independencia e integridad de aquéllas³². El binomio nación-Europa sería, pues, fructífero para ambas partes; y de hecho, la estrecha relación daría justo los efectos contrarios de lo que se temía: la influencia en Polonia de movimientos culturales europeos (Renacimiento o Romanticismo), habría fomentado creaciones y respuestas aún más originales, en lugar de restarles personalidad propia³³.

La diversidad que caracteriza a Europa también tendría su reflejo a escala nacional. La realidad multiétnica y multi-lingüística de Polonia, enmarcada además en un mosaico regional, ha favorecido dos tendencias opuestas en el país: por un lado, apertura y tolerancia, por otro xenofobia y exclusivismo nacional³⁴. Jan Józef Lipski no se conforma con constatar

²⁹ Łepkowski, T. (1983): 11-12 ; Surdykowski, J., en Holzer, J. *et al.*: 53.

³⁰ *Ibid.*; Łepkowski, T. (1983): 13.

³¹ Por ejemplo, Micewski, A.: “Naród...”, en Micewski, A.: 354.

³² PPN, en *Polskie wizje...*: 196.

³³ Lipski, J. J., en Lipski, J. J.: 70-71 ; Lipski, J. J., en Holzer *et al.*: 29. Sobre la tradicional contraposición polaca nación-Europa: Törnquist-Plewa, B., en Malmberg, M. af y Stråth, B. (eds.): 219-220 y 231.

³⁴ Łepkowski, T. (1983): 10.

esta dualidad, sino que reniega de la tradición histórica puesta al servicio de la megalomanía nacional y aboga claramente por una lectura más ponderada, crítica e imparcial, siguiendo el ejemplo del escritor Stefan Żeromski (1864-1925), al que se conocía como “la conciencia de la literatura polaca”. Aunque desde los medios oficiales se fomenta un patriotismo destructivo, xenófobo y megalómano (contra los judíos especialmente desde marzo de 1968), Lipski advierte de que se trata de una tendencia general, presente también en los medios opositores no sujetos a censura. Entre los abanderados de un patriotismo de base humanista destaca, no obstante, a intelectuales que, aunque muy distintos entre sí (Słonimski, el matrimonio Ossowski, Jasienica), son los co-creadores del actual movimiento de oposición democrática, por lo que la idea de un patriotismo polaco constructivo y equilibrado se sitúa claramente del lado de la mayoría de disidentes de la PRL. Asimismo, la identidad nacional y la identidad europea de los polacos son fuerzas coadyuvantes para desafiar los mitos nacionalistas que exacerban la singularidad y autosuficiencia culturales de Polonia³⁵.

Pero ¿quiénes componen, a fin de cuentas, la nación polaca? ¿Cuáles son sus principales grupos sociales y qué papel han jugado a lo largo de su historia? Tadeusz Łepkowski dedica la segunda parte de su obra *Myśli o historii Polski i Polaków* a responder. Agrupa a la población en tres grandes sectores: campesinado, obreros y nobleza-*inteligencja*, más un cuarto de carácter heterogéneo, la Iglesia católica polaca y sus fieles. Primero, retrata a los campesinos polacos como ferozmente individualistas y acérrimos defensores de la propiedad de la tierra; su resistencia al cambio habría contribuido a frenar o aminorar cualquier intento de reforma, incluidos los del gobierno comunista. Sin embargo, pese a la oposición “natural” que representan y su superioridad numérica, el campesinado no habría sido capaz de crear una fuerza política unida más allá de la cohesión que aportó Wincenty Witos al Partido Campesino Polaco (PSL) cuando fue su líder en el periodo de entreguerras. En segundo lugar, la clase obrera se habría convertido, desde su aparición en el siglo XIX, en la base para una nueva nación y sociedad polacas, con un enorme potencial a pesar de los múltiples problemas que tenía, y aún tiene. Habría logrado preservar su idiosincrasia y valores (honor, dignidad, religiosidad, exigir justicia...) pero, a aquella hora, estaría ya más abierta al mundo y mejor preparada, siendo la clase patriótica por excelencia y la mayor esperanza para el futuro del país. Por su parte, en el seno de la nobleza-*inteligencja* se habrían gestado los ideales plasmados en los levantamientos del siglo XIX (conciencia nacional, amor a la libertad, altruismo idealista, insumisión...), adoptados más adelante por

³⁵ Lipski, J. J., en Lipski, J. J. : 39 y 41; Lipski, J. J., en Holzer, J. *et al.*: 27.

otros grupos sociales. En la etapa de la PRL en que así se escribía —principios de los 80—, buena parte de la *inteligencja* había dejado atrás su antiguo rol reivindicativo, convirtiéndose en un decidido apoyo para el gobierno. La *inteligencja* creadora (escritores, artistas) en cambio habría proseguido demandando, junto con otros colectivos como el estudiantil, libertad de expresión y libertades políticas, reformas estructurales e incluso un cambio de régimen. Cierto es que otros *inteligency* comenzaron siendo partidarios del régimen para desvincularse más tarde e incluso pasar a formar parte de la oposición, un fenómeno que Łepkowski achaca a su incansable y sincera búsqueda de la verdad y la justicia, que les haría interesarse por cualquier propuesta que prometa realizar sus ideales. Por último, el catolicismo sería un componente imprescindible de la identidad polaca, a pesar de la actitud de Roma durante las particiones de Polonia o del apoyo de las instituciones eclesiásticas a unas u otras facciones dentro del país a lo largo de su historia. Después de estas experiencias y del elevado precio que se pagó por ellas (persecuciones e incluso la muerte), la Iglesia renace entonces en Polonia más fuerte que antes, representando —eso nos dice el autor— las aspiraciones y esperanzas de la mayoría de los polacos³⁶.

Con este resumen de la evolución experimentada por los principales sectores de la sociedad polaca hasta el presente, Łepkowski atribuye a cada grupo una función y rol históricos específicos, que deberían retomarse ahora en su mejor versión. Todos los grupos, especialmente la *inteligencja* y la Iglesia católica, se habrían “desviado” en alguna ocasión del camino marcado, y no siempre habrían respaldado los intereses nacionales. Pero se vivía una renovación de todos ellos por diferentes causas: el creciente sentimiento general de aversión a un gobierno impuesto, la irrupción de nuevas generaciones mejor preparadas y con más ambiciones, o iniciativas eclesiásticas como el Concilio Vaticano II y los mensajes y visitas de Juan Pablo II.

La Polonia dividida habría ocasionado así que el sujeto primordial de la historia del país fuera una nación-sociedad que aspirara a recuperar un Estado propio, en lugar del Estado-nación habitual³⁷. Mas si una vez recuperado el Estado-gobierno, éste no se consagraba a servir a la nación, fomentando su desarrollo, libertad, soberanía y cultura, los objetivos nacionales se habrán cumplido sólo formalmente, no en su contenido³⁸. El despotismo y el absolutismo serían ajenos a la tradición polaca, no así las dictaduras en los

³⁶ Łepkowski, T. (1983): 22-39.

³⁷ *Ibid.*: 13; Micewski, A.: “Naród...”, en Micewski, A.: 354.

³⁸ Alusiones (veladas, eso sí, debido a la censura) al “divorcio” Estado-nación en: Micewski, A.: “Naród...” y “Tożsamość...”, en Micewski, A.: 358-359 y 441-442, respectivamente.

tiempos difíciles, pero cualquier tipo de gobierno en Polonia debería contar, según Łepkowski, con el respaldo de la sociedad, y respetar la legalidad y los derechos individuales si deseaba mantenerse en el poder³⁹.

El peso que en su historia tuvieron los postulados realistas frente a los idealistas y románticos es un debate recurrente entre los intelectuales polacos⁴⁰. De acuerdo con un artículo de 1978 de Andrzej Micewski, la corriente idealista-romántica estaría más arraigada en la historia polaca y sería básica para la conservación de la identidad nacional, pues aporta los valores en que se fundamentan su dimensión espiritual y educativa. El romanticismo no implica dejar de contar con la realidad, sino que la visión y los sueños que fomenta se sitúan sencillamente un paso más allá en el futuro; y es que sin utopías o grandes metas no es posible el progreso⁴¹. Habría que preservar el contenido de la tradición romántica, pero adaptándolo a las formas y circunstancias del presente, desechando la violencia y los levantamientos armados y concentrándose en la educación. Se trata, según Micewski nuevamente en 1983, de una fórmula híbrida que aúna objetivos idealistas (incluso maximalistas) y métodos realistas, ajustados a cada circunstancia y sin perder nunca de vista los problemas y necesidades sociales, de presente, que hay que afrontar⁴².

En la interpretación de Tadeusz Łepkowski, el idealismo viene acompañado de otro hecho fundamental: la revolución, entendida como “un cambio cualitativo socio-político y psicológico acelerado, a menudo (aunque no necesariamente) impulsivo y violento, efectuado por un colectivo popular determinado y llevado por un camino no siempre previsto ni deseado”⁴³. Una rebelión espiritual y moral contra la falta de libertad, la mentira y la hipocresía, la violencia, la división entre señores y vasallos, contra una “normalidad anormal”..., genera una revolución. Procede del convencimiento de que la situación es insostenible, injusta e intolerable moralmente. Las constantes revueltas e insurrecciones de los últimos doscientos años habrían determinado buena parte de las características de la nación, concretamente del sector más creativo y activo de la comunidad polaca, que no dejaría de aumentar en los últimos siglos⁴⁴. Para los últimos cuarenta años, indica tres revoluciones en Polonia: el Levantamiento de Varsovia contra el dominio nazi (1944), que

³⁹ Łepkowski, T. (1983): 11.

⁴⁰ Un ejemplo: MICEWSKI, A.: “Polski temat”, en Micewski, A. (original en *Tygodnik Powszechny*, 8/1/78).

⁴¹ Micewski, A.: “Polski...”, en Micewski, A.: 336, 338 y 343-344; Łepkowski, T. (1983): 34.

⁴² MICEWSKI, A.: “W przeszłość, czy w przyszłość?”, en Micewski, A.: 407-408 y 414-415 (original en *Tygodnik Powszechny*, 3-10/4/1983); Micewski, A.: “Naród...”, en Micewski, A.: 356.

⁴³ Łepkowski, T. (1983): 43 (la traducción es mía, C.A.).

⁴⁴ *Ibid.*: 41 y 44.

buscaba la independencia nacional en la senda de los ideales polacos y europeo-occidentales, si bien degeneró hasta la xenofobia y el chovinismo, siendo sus integrantes perseguidos (y derrotados) por los promotores de la segunda revolución, de ideología comunista. Ésta, en cuyo seno tenía más peso el factor social, dirigida desde Moscú aunque con apoyos dentro del país, instauró la PRL. Al final de la II Guerra Mundial, en resumen, hubo un choque entre dos revoluciones: una de corte “occidental”, nacional-democrática, con amplio apoyo social (pero sin ayuda externa e incapaz, así, de crear un Estado), y otra “oriental”, nacional-comunista, a la que apoyaba una minoría pero era respaldada por una gran potencia, que podía facilitarle un aparato político-militar y, por tanto, un Estado⁴⁵.

A pesar de algunos logros y promesas iniciales del régimen comunista en formación, la oposición política fue progresivamente arrumbada y eliminada ya en la segunda mitad de los años 40 (PPS, PSL...), de modo que lo que predomina entre la población —continúa Łepkowski— es un sentimiento de desconfianza hacia el gobierno, debido a tres contraposiciones: 1. falta de independencia de la PRL (una *nación* dependiente de la *Unión Soviética*); 2. conflictos sociales (alejamiento y falta de correspondencia entre el *Estado* y la *sociedad*, oposición distintiva entre gobernantes, “ellos”, y gobernados, “nosotros”), y 3. problemas ideológicos y morales (hipocresía y falsedad gubernamental, desideologización, corrupción, contradicción entre *palabras* y *hechos*...) ⁴⁶. Estos factores habrían contribuido de manera decisiva a la génesis de la tercera revolución: la del movimiento Solidarność.

Iniciada en agosto de 1980, a ésta la caracteriza como revolución de trabajadores, del pueblo-nación, de carácter democrático y dialogante, que no recurre a la violencia y aspira a un renacimiento moral de orden religioso y social-humanístico, posiblemente con una veladura ideal y algo utópica. Renacimiento moral surgido de dos núcleos distintos: la *inteligencja* católica y la oposición política, partidaria de una democracia socialista que diera contenido real a las palabras libertad, igualdad, justicia y derechos humanos. Al principio la revolución prendería en núcleos urbanos e industriales y se harían eco de ella, sobre todo, los jóvenes mejor formados, los obreros y la *inteligencja* (una alianza interclasista no del todo nueva). Apenas un año después de su formación, Solidarność ya había sufrido desgaste y el gobierno llevaba meses preparando su disolución. La ley marcial de 13 de diciembre de 1981 interrumpió violentamente su curso, pero no consiguió derrotarla, dice Łepkowski. Recurrir entonces a su tradición idealista era, paradójicamente,

⁴⁵ *Ibid.*: 48.

⁴⁶ *Ibid.*: 44-57.

la única salida realista en la inusual y compleja situación de los polacos, de alguna forma “condenados a la revolución”⁴⁷.

Esta visión (quizá deliberadamente) fatalista de la historia contemporánea de Polonia comparte ciertos rasgos con el concepto de mito político moderno, en concreto revolucionario, tal y como lo describe Jan Ifversen (un choque violento con el viejo orden establecido, resultado de una acción violenta deliberada o de un destino inevitable). No está tan claro, en cambio, que en *Myśli o historii Polski i Polaków* la revolución se perciba como un comienzo radicalmente nuevo, pues además de adjetivarse de entrada como “cíclica”, al modo de la tradición inglesa hundiría sus raíces en el pasado y siempre habría defendido, supuestamente, los mismos principios y objetivos desde finales del siglo XVIII. La iniciada en 1980 supondría más bien una regeneración, una recuperación de la esencia polaca en el contexto propio del presente aquel, con todos los cambios que ello implica. Posiblemente también se quiera poner en valor ese presente, fomentar la sensación de que se están viviendo tiempos “históricos”, cruciales...⁴⁸

Tadeusz Łepkowski y Andrzej Micewski consideran que las circunstancias históricas extremas que atravesó Polonia, dividida, dominada y cuestionado su derecho a identidad propia, conllevan una forma de proceder diferente a la de países europeo-occidentales que, como Francia o Reino Unido, no han visto su existencia constantemente amenazada. Micewski cree que, frente a la tendencia polaca al idealismo, el aparente realismo o “sensatez” de gobernantes y habitantes de Europa Occidental les habría llevado sin embargo a ceder, siendo víctimas fáciles de Hitler. Pese a los evidentes vínculos de Polonia con la cultura europeo-occidental, la sociedad polaca cuenta por tanto —a diferencia de Occidente— con soñadores en todas sus generaciones, y ésta podría ser precisamente la clave para solucionar también problemas actuales en Europa Occidental: el retorno a sus raíces y la puesta en práctica nuevamente de valores que habrían sabido conservarse mejor al otro lado —el Este— del muro de Berlín⁴⁹. En ese intercambio de reciprocidades Polonia, al igual que otros países un día controlados por la Unión Soviética, asumiría la tarea de enriquecer con su particular experiencia tras el Telón de Acero al resto de Europa. La parte occidental debería escuchar a Europa Central, pues sus habitantes

⁴⁷ *Ibid.*: 57-69, también 41-42 (la traducción es mía, C.A.).

⁴⁸ Ifversen, J., en Berger, S. y Lorenz, C. (eds.): 456.

⁴⁹ Łepkowski, T. (1983): 41-42; Micewski, A.: “Polski...” y “Naród...”, en Micewski, A.: 336-337 y 343-344, y 352-353 respectivamente. La idea de una Europa Occidental en descomposición es una opinión extendida en Polonia, según los miembros del PPN, en *Polskie wizje...*: 197.

conocerían la naturaleza del totalitarismo bolchevique y podrían aportar claves para evitar que renaciera cualquier situación parecida⁵⁰.

Encuentros y desencuentros entre Polonia y Europa: Países circundantes

A pesar de que la mayor parte de los intelectuales polacos en la oposición conciben Polonia como un país indudablemente europeo, incluso en muchos casos occidental, en sus textos aparecen muchas dudas sobre si en Occidente se piensa lo mismo. La percepción polaca más habitual espera una ayuda occidental altruista en recompensa por los sacrificios seculares que la nación polaca hizo en defensa de los ideales europeos, si bien lo cierto es —opina de nuevo el autor principal que aquí hemos escogido— que, desde el Ducado de Varsovia hasta el momento en que escribe, Occidente (incluyendo los Estados Unidos) sólo se mostró favorable a la existencia de Polonia como estado independiente cuando convino a sus propios intereses dentro del nuevo orden internacional en formación⁵¹. No fue ese el caso tras la II Guerra Mundial y la Conferencia de Yalta (1945): la pasividad de Europa Occidental ante la reivindicación soviética de Europa Oriental y parte de Europa Central como sus zonas de influencia, y más adelante ante las elecciones parlamentarias fraudulentas celebradas en Polonia en 1947, causó nuevamente una gran decepción entre la población polaca. Esta amargura llevaría a muchos a aceptar la tutela soviética para evitar, con un país agotado y destrozado, un nuevo derramamiento de sangre en pos de un objetivo entonces inalcanzable: recuperar la independencia de Polonia en solitario⁵².

La división artificial de Europa en dos bloques, junto con el proceso de integración económica, cultural y política de Europa Occidental, hacen temer a muchos intelectuales polacos que esta última se apropie en exclusiva del término “Europa”, quedando los países de la órbita comunista y Yugoslavia relegados a la categoría de “euro-asiáticos”⁵³. Aunque durante los primeros años de la postguerra surgieron iniciativas a favor de la integración de Europa Central y Oriental en la futura comunidad europea, los países de la órbita soviética fueron desapareciendo gradualmente del horizonte político de Europa Occidental a medida que primaban los intereses militares y económicos sobre la visión de Europa como una comunidad

⁵⁰ Beylin, M., Bieliński, K. y Michnik, A.: 2; Lipski, J. J., en Holzer, J. *et al.*: 30.

⁵¹ Łepkowski, T. (1983): 20, también p. 4; Törnquist-Plewa, B., en Malmberg, M. af y Stråth, B. (eds.): 222.

⁵² Łepkowski, T. (1983): 48; PPN, en *Polskie wizje...*: 195; Wierzbicki, A. (2009): 238-239.

⁵³ Holzer, J., en Holzer, J. *et al.*: 8; Beylin, M., Bieliński, K. y Michnik, A.: 1; Loew, P. O.: 29-30.

de valores espirituales y grandes tradiciones. A esa hora el interés europeo por que Polonia eventualmente pasase a formar parte de las Comunidades Europeas era mínimo⁵⁴.

A la vista de las experiencias pasadas y el panorama presente, es habitual que los analistas polacos muestren escepticismo, sin que ello suponga alejamiento o renuncia a sus raíces europeas. Para los miembros del PPN, por ejemplo, desde el siglo XVIII Polonia cuenta con dos opciones: ser europea o ser moscovita, y una ruptura cultural, espiritual y económica radical con Europa sería absurda, además de condenar al país al atraso más absoluto. Aun así, los polacos no deben esperar ayuda desde Occidente en la coyuntura que atraviesan, sino que deben lograr salir por sus propios medios de la influencia de Moscú, pues los países de Europa Occidental han demostrado que pueden prescindir de Europa Central y Oriental en sus proyectos y concepción del continente⁵⁵.

Algunos historiadores llaman la atención sobre la visión negativa que, por lo general, se tiene en Polonia de Alemania y del pasado común: la pesadilla de los caballeros Teutones, las repetidas invasiones de su territorio, la participación activa de Prusia en el desmembramiento de Polonia, la persecución nacional y religiosa en su parte prusiana, además de la muerte y destrucción masivas causadas por Hitler durante la II Guerra Mundial, son los principales episodios recordados y de continuo reprochados a los alemanes⁵⁶. En el siglo XIX prevaleció la idea de que las grandes potencias flanqueantes, Rusia y Prusia/Alemania, eran enemigas de Polonia (una asiática, la otra europea), pero a comienzos del siglo XX muchos polacos bajo dominio alemán empezaron a percibir a los rusos como otro pueblo eslavo con el que se podían aliar para defenderse de Alemania. Esta idea fue retomada e inculcada con vehemencia y éxito desde el final de la II Guerra Mundial por el naciente Estado comunista polaco, de forma que el recelo hacia Alemania resulta ser uno de los pocos rasgos compartidos entre los medios oficiales, la población militante en el comunismo y los distintos grupos de la oposición⁵⁷.

El odio hacia el comunismo y a Alemania se hallan en armonía, por su parte, en una pequeña publicación juvenil *drugi obieg* llamada *Bastion*, editada por un grupo ultra-católico y ultra-derechista. Las viñetas, consignas breves y artículos reflejan, ya a la altura

⁵⁴ PPN, en *Polskie wizje...*: 197.

⁵⁵ *Ibid.*: 196 y 198-199; “Od redakcji”, en Holzer, J. *et al.*: 3. A pesar de esta percepción, muchos sindicatos europeo-occidentales mostraron interés por los movimientos de oposición polacos, especialmente por *Solidarność*, con la que se colaboró de diversas formas: GODDEERIS, I. (ed.): *Solidarity with solidarity. Western European trade unions and the Polish crisis, 1980-1982*, Lanham, Lexington Books, 2010.

⁵⁶ Lipski, J. J., en Lipski, J. J.: 42.

⁵⁷ MAZIARSKI, J.: “My i Niemcy”, en Holzer, J. *et al.*: 39; Łepkowski, T. (1983): 19-20.

de 1990, un gran temor a la posible unificación alemana (lemas como “*Alemania unida — guerras aseguradas*”, o un mapa en el que Alemania devora literalmente a Polonia), junto con un absoluto rechazo a la antigua PRL (“*¿Cuál es la diferencia entre una democracia y una democracia socialista? La misma que existe entre una silla y una silla eléctrica*”)⁵⁸.

Frente a una percepción de los estereotipos nacionales arraigada y decididamente esencialista, Lipski y Łepkowski advierten del error de aplicar conceptos e ideas políticas propias de los siglos XIX y XX a otras épocas remotas, pues en la Edad Media y parte de la Moderna existían muchos reinos germánicos distintos y una convivencia fronteriza generalmente pacífica; y, en segundo lugar, la colonización y asentamientos alemanes no son equiparables a una política estatal de *Drang nach Osten* (por su parte, también la habían emprendido los polacos en tierras ucranianas, lituanas y bielorrusas desde el siglo XV). También insisten en la naturaleza multinacional, multiétnica y lingüística de las tierras polacas, como las que recibió Polonia en el oeste tras la II Guerra Mundial (las raíces checas y germánicas de Silesia, la Pomerania sueca, zonas de mayoría lituana), y en la contribución germánica y judía, fundamental para el desarrollo de la cultura e identidad polacas⁵⁹.

Lipski prefiere centrarse, como Jacek Maziarski, en las relaciones germano-polacas del futuro pues, a pesar de las agresiones y daños sufridos (también infligidos, aunque en menor medida) por los polacos, Alemania se presenta como país clave en el camino de Polonia hacia una Europa en integración. Superar la enemistad pasada y el miedo entre ambos países, perdonar y pedir perdón al modo cristiano (como, dice Lipski, hizo el episcopado polaco en una carta dirigida al alemán, ya en 1965), y seguir insertada plenamente en la cultura europea occidental mediterránea, es uno de los retos pendientes del conjunto de la sociedad polaca⁶⁰. Por lo demás, si muchos polacos manifiestan hacia Alemania sentimientos de odio y temor, hacia Rusia experimentan una cierta superioridad. Teniendo en cuenta las aportaciones rusas a la pintura (como las del iconógrafo medieval Andréi Rubliov), la ciencia (por ejemplo, la tabla periódica de Mendeléyev), la literatura (Dostoievski, Tolstoi, Chejov...) o la música (Stravinsky), a un autor como Jan Józef Lipski esa superioridad le parece completamente injustificada⁶¹.

⁵⁸ *Bastion. Młodzież Wszepolska*, nr. 1, 1990, pp. 8-10 y 20 (traducciones mías, C.A.).

⁵⁹ Lipski, J. J., en Lipski, J. J.: 45-47; Łepkowski, T. (1983): 6-8 y 18-19.

⁶⁰ Lipski, J. J. y Maziarski, J., en Holzer, J. *et al.*: 31-32 y 39-41 respectivamente; Lipski, J. J., en Lipski, J. J.: 42-43.

⁶¹ Lipski, J. J., en Lipski, J. J.: 49; Łepkowski, T. (1983): 19; Lipski, J. J., en Lipski, J. J.: 50.

Con todo, en los discursos analizados hasta el momento, también hemos hallado que se alude en ocasiones al carácter híbrido, euro-asiático, de Rusia⁶². Aunque Lipski atribuye esta percepción en buena medida a las generalizaciones elaboradas en el Romanticismo (la herencia bizantina y tártara de Rusia explicaría su tendencia al despotismo y a dar primacía a la colectividad sobre el individuo), él tampoco la rechaza tajantemente; en su lugar, opta por destacar la faceta rusa más acorde con los valores y la cultura europea occidental, encarnada en personajes y organizaciones —históricos o contemporáneos— como el Knyaz Andrey Mikhailovich Kurbsky, los decembristas, Aleksandr Ivanovich Herzen, Ziemia i Wola, o Andrei Dmitrievich Sakharov⁶³. Rusia es así la otra gran potencia de la que ha dependido y dependerá el futuro de la Europa que estuvo bajo dominio soviético, siendo de gran importancia tanto las decisiones oficiales que allí se tomen como las iniciativas de los movimientos de oposición e independentistas (entonces, de la Unión Soviética)⁶⁴. La actitud de Polonia ante ésta no debería ser de sumisión, pero tampoco de enemistad⁶⁵. Si la identidad europea de Rusia planteaba dudas a ciertos historiadores e intelectuales polacos, el comunismo es percibido sin vacilar como un elemento claramente contrario a los ideales europeos, un peligro para las naciones que integran Europa. A partir de la formación de Solidarność y la declaración de la ley marcial, la oposición en Polonia concibió su actividad como una misión universal en lucha contra el dominio soviético⁶⁶.

Łepkowski ve la organización regional de Solidarność como una puesta en valor de la riqueza y diversidad cultural de las regiones de Polonia, además de una forma de deslegitimar y demostrar la ineficacia de las políticas de homogeneización de la PRL. Muchos otros intelectuales vuelven su mirada hacia Europa, y los ideales que se supone encarna, como forma de combatir el debilitamiento de las identidades nacional y europea de Polonia, debilitamiento causado por la soviétización y un nacionalismo destructivo y xenófobo fomentado desde el gobierno comunista⁶⁷. A pesar de los múltiples perjuicios que el comunismo ha causado a los países-satélite de la URSS, Lipski considera que es a la propia cultura rusa, concretamente a su vertiente más europea (por ejemplo la tradición cristiana ortodoxa), a la que mayor daño le ha infligido esa ideología, y recuerda que Polonia sólo logrará superar la amenaza que supone

⁶² Holzer, J., Maziarski, J. y Lipski, J. J., en Holzer, J. *et al.*: 5 y 7, 29 y 35 respectivamente.

⁶³ Lipski, J. J., en Lipski, J. J.: 50-51.

⁶⁴ Holzer, J. y Maziarski, J., en Holzer, J. *et al.*: 8-10 y 38 respectivamente; Lipski, J. J., en Lipski, J. J.: 51-52.

⁶⁵ Holzer, J., en Holzer, J. *et al.*: 10.

⁶⁶ Loew, P. O.: 31.

⁶⁷ Łepkowski, T. (1983): 8-9; Lipski, J. J., en Lipski, J. J.: 73 ; Lipski, J. J., en Holzer, J. *et al.*: 27; PPN, en *Polskie wizje...*: 199; Beylin, M., Bieliński, K. y Michnik, A.: 1.

para sus tradiciones en asociación con otros países dependientes (como Checoslovaquia o Hungría) y con las propias naciones soviéticas⁶⁸.

El rechazo al comunismo también se percibe, aun de forma menos explícita (pero evidente para los lectores simpatizantes de la oposición), en muchas de las obras en que subyace la subversión de dos esquemas argumentativos propios de los regímenes comunistas, uno de origen teórico, el otro de aplicación real. Frente a la primacía que da la teoría marxista a los factores económicos y productivos (infraestructura), los intelectuales Lipski, Łepkowski, Micewski, así como otros miembros del PPN, Beylin, Michnik y Bieliński, anteponen lo ideal a lo material, siendo la superestructura (lo espiritual y lo ético, más que lo político) lo que condicionaría el funcionamiento de los restantes elementos de un país o comunidad. Idealismo, por tanto, en clara confrontación con el materialismo. En cuanto a la práctica política, ante la estatalización de los países de la órbita soviética, autores como Łepkowski y Micewski sitúan a la nación o a la sociedad —entendida vagamente— en el centro de su concepción, como los auténticos sujetos colectivos de la historia, debiendo ser el Estado un reflejo fidedigno de la voluntad de aquéllas.

Continuidad y ruptura entre pasado y presente

Quienes apuntan a cuestiones de índole espiritual y moral coinciden en la idea de que Polonia ha sido capaz de conservar su identidad y esencia nacionales a lo largo de su historia y hasta hoy. Surdykowski alude al “Espíritu de la República [de las Dos Naciones]”; también Łepkowski, que además señala las aportaciones de los principales grupos sociales en Polonia a la construcción de la identidad nacional (lo vimos al hablar de la nación). Micewski remite a las raíces de valores que se remontan a la Antigüedad y a tradiciones del siglo XIX, y considera que los problemas de la sociedad actual se resolverían más fácilmente si se tuvieran en cuenta. Al igual, Jan Józef Lipski no se conforma con ideales plasmados únicamente en la teoría, sino que confía en que principios cristianos (el amor al prójimo y la tolerancia) vuelvan a ponerse en práctica, tanto para reafirmar los vínculos entre Polonia y Europa y refundar la unidad espiritual europea como para evitar caer en un nacionalismo estéril patrocinado por los gobiernos comunistas⁶⁹.

⁶⁸ Lipski, J. J., en Holzer, J. *et al.*: 27 ; Lipski, J. J., en Lipski, J. J.: 52 y 56 ; Łepkowski, T. (1983): 68.

⁶⁹ Łepkowski, T. (1983): 13-14; Surdykowski, J., en Holzer, J. *et al.*: 53; Micewski, A.: “Naród...” y “Tożsamość...”, en Micewski, A.: 354 y 439-440, 445-446 respectivamente; Lipski, J. J., en Holzer, J. *et al.*; Lipski, J. J., en Lipski, J. J. ; Ifversen, J., en Berger, S. y Lorenz, C. (eds.): 452.

Andrzej Micewski cree que las dificultades añadidas a que se enfrentó la nación polaca cuando carecía de Estado propio, contribuyeron decisivamente a que no perdiera sus señas identitarias, pues se veía constantemente amenazada⁷⁰. Pero, como ya se ha avanzado al mencionar el comunismo, la puesta en duda de la identidad polaca no es en las publicaciones *drugi obieg* sólo una cuestión pretérita. Lipski y Łepkowski comparan la situación de la PRL de su tiempo con la Polonia decimonónica, tendiendo un puente entre las amenazas de antes y los peligros del momento. Se trataría de luchar contra los mismos enemigos (Imperio Ruso/ Unión Soviética), con idénticos recursos ideológicos (idealismo-romanticismo, vinculación de Polonia con Europa Occidental) y en defensa de los mismos objetivos (conservación de la identidad nacional frente a los intentos de rusificación y soviétización, libertad, independencia)⁷¹. Otro jalón importante, y más reciente en el tiempo, que contribuye a reforzar la sensación de continuidad entre pasado y presente, es la lucha polaca contra la invasión nazi en la II Guerra Mundial⁷². A juicio de Łepkowski, la supervivencia de la nación polaca en el siglo XIX fue posible porque, a pesar de las derrotas, los polacos no se dieron por vencidos⁷³. El ciclo de revoluciones polacas descrito por este historiador estaría siguiendo, imparable, su curso.

Otra forma en la que los historiadores polacos que estudiamos afrontan la relación entre pasado y presente consiste en preguntarse si la historia nacional que se ha contado (marcada por la tragedia y por la imagen de Polonia como víctima de la ambición o el desinterés de unos u otros Estados) se ajusta a la realidad. Según Jan Józef Lipski y Tadeusz Łepkowski, se trataría, cuando menos, de una selección de acontecimientos muy parcial. Si se pretende que la historia se aproxime lo máximo posible a la verdad y que, de alguna forma, contribuya a cambiar la percepción sesgada que puedan tener los polacos sobre otros

⁷⁰ “Me parece que Polonia es el país que ha experimentado probablemente las mayores transformaciones en términos sociológicos y de civilización de Europa, y al mismo tiempo el que ha sido más fiel a sí mismo, conservando su identidad cultural, sus tradiciones, el sentimiento de continuidad en su historia nacional y el apego hacia el sistema de valores desarrollado sobre la base de la cultura europea. Si realmente esto es así, considero que nuestra particular historia de los últimos dos siglos, nuestra historia como país dividido y también los 60 años que han transcurrido desde la recuperación de la independencia en noviembre de 1918, han jugado un papel importante en la consolidación de nuestra espiritualidad y nuestro sistema de valores culturales. Lo atípico de la historia polaca es que a lo largo de 200 años la nación ha visto cuestionada su existencia, que durante largos periodos ha tenido que defenderse, que, deseando sobrevivir, decidió no sólo levantarse, sino también hacer florecer su cultura como nunca antes en su historia. Nuestras mayores creaciones nacionales surgieron en el momento en que Polonia no existía como Estado”. Micewski, A.: “Naród...”, en Micewski, A.: 352-353, también 354 (la traducción es mía, C.A.).

⁷¹ Lipski, J. J., en Holzer, J. *et al.*: 27; Łepkowski, T. (1983): 33, también 41-42.

⁷² Łepkowski, T. (1983): 46 y Meller, M., en Kula, M. (red.): 222.

⁷³ Una más que probable sugerencia para seguir su ejemplo en el presente. Łepkowski, T. (1983): 69. “The affective dimension of the myth - its pathos- can be said to fulfil (*sic*) the function of emphasizing involvement and responsibility”, Ifversen, J., en Berger, S. y Lorenz, C. (eds.): 456.

países y sobre sí mismos, no sólo deberían recordarse los episodios más lamentables o traumáticos para Polonia, sino que habría que (re)introducir en los relatos los periodos de paz y contribución entre naciones, su lucha conjunta o individual en defensa de la libertad, la paz y los derechos humanos, sin olvidar la parte de responsabilidad que Polonia habría tenido en perjuicios causados a otros países (Ucrania, Lituania, Checoslovaquia...)⁷⁴.

Y es que, si a todos los historiadores aquí estudiados les resulta lógico remitirse al pasado para establecer horizontes de expectativa de índole moral o ética, volver la vista atrás en cuanto al pasado político reciente les parece, en cambio, desaconsejable. Advierten del peligro de idealizar, desde algunos sectores de la oposición a la PRL, el periodo de la Segunda República (1918-1939). Apelar a un pasado mitificado y aplicar planteamientos obsoletos, asegura Łepkowski, no fue una estrategia acertada para Solidarność, y facilitó al gobierno su contraofensiva propagandística a principios de los años 80⁷⁵. Por su parte, Andrzej Micewski argumenta que teorías políticas como las de Roman Dmowski (1864-1939)⁷⁶ no son extrapolables al periodo, al haberse desarrollado en un contexto de condicionamientos y prioridades muy diferentes, por ejemplo en política exterior⁷⁷. Y son precisamente las percepciones y las relaciones que se mantienen con países próximos las que, a juicio de otros intelectuales (sobre todo Maziarski y Lipski) deberían cambiar, con el propósito de dejar atrás la peor parte de su historia, poniendo en valor en su lugar un pasado menos dramático, más constructivo y, sobre todo, trabajar por un futuro mejor.

Tal y como se apuntaba en los apartados dedicados a los principios, la nación y el idealismo, en los textos revisados aquí se constatan los ideales y el espíritu de lucha que son propios de los levantamientos polacos del XIX, si bien con una notable diferencia:

⁷⁴ Lipski, J. J., en Lipski, J. J.: 38-41, 47-48 y 52-56; Łepkowski, T. (1983): 4, 8, 10, 14, 40 y 52-53.

⁷⁵ Se hacían, por ejemplo, múltiples referencias a la independencia del Estado polaco de entreguerras y a sus líderes (sobre todo el mariscal Piłsudski), por no mencionar la propuesta de recuperar las antiguas fronteras de la Segunda República, o al menos exigir la devolución de Lwów/Lviv y Vilna, las dos antiguas ciudades polacas más representativas de los territorios cedidos a Ucrania y Lituania (como repúblicas federadas de la URSS) después de la Segunda Guerra Mundial. Una idea censurada totalmente por Łepkowski. Por el contrario, solía “olvidarse” que la República no alcanzó los ideales democráticos reivindicados en anteriores revoluciones y levantamientos (1794, 1846, 1863 y 1905). El radicalismo nacionalista de derechas o los movimientos antisemitas que proliferaron entonces son tan sólo algunos de los argumentos de peso que pondrían en cuestión el supuesto carácter ejemplar de este periodo histórico. Łepkowski, T. (1983): 52-53 y 68; Lipski, J. J., en Lipski, J. J.: 38; Surdykowski, J., en Holzer, J. *et al.*: 53.

⁷⁶ Dmowski fue un político y estadista polaco, co-fundador e ideólogo de uno de los partidos políticos más fuertes de la Polonia de entreguerras: el Nacional-Demócrata. Los editores de la pequeña revista juvenil *Bastion*, mencionada más arriba, dicen ser, precisamente, seguidores del pensamiento de Dmowski (*Bastion*, pp. 2-3).

⁷⁷ Micewski, A.: “W przeszłość...”, en Micewski, A.: 409-413.

descartar la violencia. Permanecen así objeto y contenido, pero no la forma de lograr el cambio⁷⁸.

4) A modo de conclusión

La definición de los discursos históricos de la oposición polaca a fines de la década de 1970 y hasta 1989 como “contra-historia” resulta aquí adecuada, pues además de censurar o enmendar las formas de hacer —e interpretar— la historia desde el poder político (su nacionalismo agresivo, el recelo hacia lo europeo, las críticas radicales y despectivas a la nobleza...), los autores comparten la idea de que la ideología comunista soviética es el principal enemigo a combatir, y aportan soluciones políticas basadas en el protagonismo de la nación/sociedad frente al Estado, más ideas y valores (occidentales, de fundamentación cristiana y raíces autóctonas) frente a economía y producción.

Partiendo del vínculo entre historia y mito que establecen, consciente o inconscientemente, y sobre el que reflexionan investigadores como Marcin Meller, Jan Ifversen o Ewa Domańska —de los que apenas hemos dado cuenta todavía aquí—, podemos avanzar que en los textos históricos estudiados se rompe tan sólo parcialmente con las narraciones míticas e ideas preconcebidas propias de la tradición cultural polaca. Entre los aspectos que permanecen fijos están: el convencimiento de que Polonia pertenece a Europa occidental, la inmutabilidad de la esencia nacional polaca (que, con raíces en la Antigüedad, se habría conservado intacta a lo largo de los siglos), la percepción del carácter euro-asiático de Rusia, la estructura mítica del ciclo revolucionario, y la existencia de una “edad dorada” gloriosa ya perdida (la República de las Dos Naciones⁷⁹). Lo que paralelamente refuerza la visión de Polonia como un país singular, toda vez que pionero, socio-políticamente hablando, de lo que más adelante —en su construcción— serían los principios europeos/occidentales

⁷⁸ “Desde hace casi doscientos años hemos sufrido enormes pérdidas. Nos ha acompañado el fantasma de la exterminación total. La prueba de la gran madurez de la sociedad polaca y de su habilidad para efectuar una lectura adecuada de su propia historia es que, sin renunciar a la lucha por sus derechos, hizo todo lo que estaba en su mano para que la revolución de 1980 fuese incruenta. A pesar de ello se derramó sangre después del 13 de diciembre de 1981, cuando el gobierno, deseando sofocar el alzamiento emancipador de los polacos, comenzó —como en 1956 y 1970— a disparar a los trabajadores.

Los polacos son una nación revolucionaria, aunque revolución no debe significar víctimas y holocausto. La valentía debe acompañarse de prudencia. Continúa la lucha por la Independencia y la Justicia. Es difícil decir qué nos deparará el futuro. Pueden aguardarnos tiempos duros. Debemos sin embargo caminar hacia la utopía real, caminar y caer, levantarnos y dirigirnos de nuevo hacia la luz. Ninguna noche —ni la más oscura, ni la que está iluminada por un rayo de luna— dura eternamente”. Łepkowski, T. (1983): 69. También Micewski, A.: “Polski...” y “W przeszłość...”, en Micewski, A.: 338 y 408 respectivamente.

⁷⁹ No así la más reciente Segunda República (1918-1939).

básicos (democracia, separación de poderes, tolerancia, libertad individual y derechos ciudadanos...). Estas continuidades argumentativas se combinan con ciertos cambios narrativos o rasgos estilísticos que diferencian los discursos históricos de los puramente populares o míticos. Los historiadores e intelectuales, por ejemplo, son más pragmáticos cuando toman en consideración el presente, especialmente las relaciones internacionales. Buscan matizar o complementar las narraciones y convenciones históricas habituales con el fin de que el conjunto de la sociedad polaca deje atrás miedos y rencores que —alimentados por un nacionalismo excluyente y aislacionista— corroen sus fundamentos e impiden su avance, capacitándola así para el futuro (la doble faceta de Polonia como víctima y *agresora* frente a su tradicional victimismo, las fecundas y generalmente pacíficas relaciones con los distintos estados germánicos en los siglos medievales y modernos, la cara más heroica y “occidental” de Rusia, la importancia de la Unión Soviética y las dos Alemanias para el futuro de los países que radican geográficamente entre ambas, asumir que Occidente no es el “salvador” de Polonia, evitar rescatar ideologías políticas pretéritas, etcétera...).

En resumen, a través de sus argumentaciones y discusiones sobre los valores e ideales que conforman el *ethos* de Polonia (entre los que, apenas es necesario insistir, no incluyen el comunismo), o sobre las relaciones mantenidas con otros países a lo largo de los siglos (especialmente con las grandes potencias), los historiadores comprometidos activamente con la oposición perpetúan —pero también contribuyen a desarticular— viejos mitos, además de efectuar una precisa valoración sobre qué aspectos del pasado siguen vivos (y/o deberían recuperarse en el presente), y cuáles deben dejarse definitivamente atrás. Es decir, ofrecen a los lectores y seguidores de su mensaje un cuadro ilustrativo sobre lo que, a su entender, han sido, y pueden llegar a ser, los polacos como nación.

Listado de abreviaturas empleadas:

- KIK Klub Inteligencji Katolickiej
 KOR Komitet Obrony Robotników (Comité de Defensa de los Trabajadores) (1976)
 KSS KOR Komitet Samoobrony Społecznej “KOR” (Comité de Autodefensa Social KOR) (desde 1977)
 NSZZ “Solidarność” Niezależny Samorządny Związek Zawodowy “Solidarność” (Sindicato Independiente de Autogobierno “Solidarność”)
 PPN Polskie Porozumienie Niepodległościowe (podría traducirse como “Entendimiento Polaco de la Independencia”)
 PPS Polska Partia Socjalistyczna (Partido Socialista Polaco)
 PRL Polska Rzeczpospolita Ludowa (República Popular de Polonia)
 PSL Polskie Stronnictwo Ludowe (Partido Campesino Polaco)
 PZKS Polski Związek Katolicko-Społeczny (Asociación Polaca Católico-Social)
 ROPCiO Ruch Obrony Praw Człowieka i Obywatela (Movimiento de Defensa de los Derechos Humanos y Ciudadanos)
 TKN Towarzystwo Kursów Naukowych (Asociación de Cursos Científicos)